

RONALD FRASER: *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Ed. Crítica, Barcelona, 2007, 932 págs.

«Ésta es una guerra de pobres contra ricos». Así lo reconoció el general napoleónico Louis Caffarelli en una carta a un compañero de armas al resumir el sentido de la lucha que llevaba a cabo la guerrilla española, no sólo contra las tropas francesas, sino contra los «ciudadanos [españoles] que disponen de fortunas». La cita figura en una nota a pie de página de la voluminosa obra — casi mil páginas — que Ronald Fraser ha dedicado al estudio de la Guerra de la Independencia, analizada desde una perspectiva social que incide especialmente en lo que tuvo de conflicto de clases. Se trata de un libro documentadísimo, en el que encontramos numerosos testimonios que permiten avalar la tesis central del autor. Resumiendo, y tal vez simplificando, al máximo la idea que impregna su obra, podríamos decir que el vacío de poder que se produjo en España en mayo de 1808, y que venía gestándose desde, por lo menos, finales de 1807, dio a las clases populares un inesperado protagonismo histórico que, a través de las diversas formas de movilización social, como las juntas y la guerrilla, les permitió ajustar cuentas con las viejas y nuevas clases dominantes.

La tesis no es del todo nueva, porque aquellos autores, como Antonio Moliner, Jean-René Aymes o Josep Fontana, que han venido estudiando la vertiente social de la Guerra de la Independencia han hecho ya hincapié en la existencia de un enfrentamiento agudo, en el marco de la guerra y con el pretexto de la guerra, entre clases populares y clases propietarias, polarizadas, respectivamente, en la causa patriota y la causa josefina. «Se divide esta clase de animales anfibios», se lee en relación a los afrancesados en un periódico patriota citado por Fontana, «en literatos, godoiístas y ricos propietarios de los pueblos». Lo que hace Fraser en su libro es aportar una masa documental enorme a la información hasta ahora disponible y, por tanto, dar mayor profundidad y amplitud a la tesis social sobre la Guerra de la Independencia. Así, en Manresa (Barcelona), al poco de producirse el levantamiento antifrancés, el pueblo se quejó de que «los ricos dejaban las penas para los pobres» y hubo quien, en nombre de estos últimos, declaró al formarse una nueva junta local: «Mana lo poble baix». Poco después, en Don Benito (Extremadura), en medio de una multitud congregada en la Plaza Mayor se oyeron gritos de que fueran «a la guerra los ricos que son los que tien[en] a que perder». El ambiente hostil provocó, dice la misma fuente, la «precipitada huida» del juez y de los miembros del Ayuntamiento. Un

informe recibido por la Junta Central sobre el estado de opinión que reinaba en el Madrid josefino indicaba que «la que antes se llamaba la plebe», incluyendo en ella al «comercio por menor», aborrecía «la intrusa dominación», mientras que «el mayor número de empleados y casas fuertes de comercio» apoyaban a los franceses «por miedo». Incluso un destacado dirigente del levantamiento antifrancés en Valencia, el padre Rico, dejando a un lado el tono populista que solían emplear los patriotas en estas ocasiones, se dirigió a la multitud en términos claramente contrarios a la «corrección política» propia del momento: «El pueblo —dijo— es un monstruo que si no se dexa gobernar por uno a quien obedezcan los demás, todo será confusión y desorden». Una afirmación no muy distinta de la que encontramos en un artículo publicado en 1812 por un propagandista josefino, José Marchena, en la *Gaceta de Madrid*: «El que los demagogos llaman *pueblo* y los prudentes *vulgo* o *plebe* siempre es guiado por un instinto de destrucción que le conduce derechamente a su ruina, si los que le rigen no le tiran con tanta fuerza del freno que le retraigan violentamente del precipicio». Hay también en la época multitud de testimonios —no todos recogidos por Fraser— sobre la existencia de un frente muy nítido, a la vez militar, social y político, que separaba al «partido francés», formado por las antiguas elites y clases propietarias, del «partido español», representativo de los intereses populares. En Cataluña, afirma una fuente de la época, la presión ambiental era tan fuerte que hubo autoridades más o menos indecisas que se vieron finalmente conminadas a «seguir el partido español, como el pueblo quería». Una carta recibida por la Junta Central reproducida por Fraser refleja una opinión muy extendida en la España patriota: «Es por desgracia la clase acomodada la que menos patriotismo ha acreditado (...). A la clase que nada tenía que perder lo debemos todo (...). De la otra nada hay que esperar».

Las cosas, naturalmente, eran más complicadas de lo que indica a veces la documentación que ha llegado hasta nosotros, pero no deja de ser curioso que el trabajo del historiador de nuestros días no sea tanto exhumar los vestigios históricos de aquella guerra social, supuestamente sepultados por una visión épica de la lucha contra los franceses, como matizar el relato de unos hechos que la propia documentación presenta a menudo como un conflicto de «clase contra clase». Era necesario, pues, un arduo trabajo empírico como el realizado por Ronald Fraser para poner las cosas en su sitio, por ejemplo, sobre la composición socio-profesional de las juntas y de la guerrilla, a partir de una base de datos de elaboración propia sobre 751 guerrilleros, y sobre la procedencia social de las víctimas de la represión francesa en las jornadas del 2 y 3 de mayo en Madrid. En relación con esto último, el autor señala, junto al conocido protagonismo de los «combatientes plebeyos» —en torno a un cuarenta por ciento— en el levantamiento del 2 de mayo, una presencia mayor de lo que generalmente se ha considerado de las «clases medias y altas cultas» y la intervención «por poderes» —dice Fraser— de la nobleza, es decir, a través del personal a su servicio, muy activo en los disturbios de aquel día. Esta cuestión plantea un fenómeno apasionante larga-

mente debatido por los historiadores y que inevitablemente va a estar muy presente en el debate historiográfico suscitado por el bicentenario: el grado de espontaneidad o de premeditación que hubo en la sublevación contra los franceses, empezando por los hechos del 2 de mayo en Madrid. Dicho de otra forma, hasta qué punto el desencadenante de todo ello fue una conspiración urdida por esa minoría de privilegiados del Antiguo Régimen que se viene conociendo como *partido aristocrático* o *fernandino* y que habría provocado, casi dos meses antes, la caída de Godoy en el Motín de Aranjuez.

La tesis conspirativa tiene, de antiguo, numerosos valedores. Alguien tan poco sospechoso como el llamado abate Marchena, directamente vinculado al aparato de poder bonapartista en España, se lamentaba en agosto de 1808 de que los franceses hubieran provocado un baño de sangre en Madrid entre las clases populares, de consecuencias imprevisibles, «mientras que ni siquiera se buscaba a los poderosos que habían distribuido abiertamente armas entre los insurgentes». Es un testimonio que hay que tomarse muy en serio, por la personalidad de su autor y porque al figurar en una carta particular se le puede atribuir una sinceridad mayor que a otras versiones más o menos interesadas. Esto no quiere decir que el levantamiento antifrancés fuera únicamente el resultado de una conspiración, pero es un argumento de cierto peso a favor de aquellos historiadores que, como Claude Morange recientemente, han establecido una continuidad histórica en las intrigas del partido fernandino antes y después de la caída de Godoy, primero contra el valido y después contra los franceses y sus satélites en España. Ronald Fraser añade nuevos datos a la teoría conspirativa, aunque advirtiendo siempre sobre el particular sesgo que las circunstancias locales conferían a cada caso. Pero, en general, se puede decir que esta línea de investigación sale notablemente reforzada del libro de Fraser.

En la historia hay pocas cosas tan fáciles como montar una teoría conspirativa y pocas cosas tan difíciles como demostrarla. De ahí el mérito de Fraser —y antes de Claude Morange, siguiendo sobre todo la pista del conde de Montijo— al permitirnos avanzar, mediante la acumulación de datos y testimonios, en una interpretación sin duda polémica de los orígenes de la Guerra de la Independencia, que el propio autor formula con las debidas cautelas. En efecto, por numerosas que sean las evidencias —siempre parciales— a favor de esta visión de los hechos, la conspiración fernandina como desencadenante de la sublevación sigue planteando problemas de difícil solución: 1. Cómo explicar que el partido fernandino pasara, como el propio Fernando, de jugar la carta napoleónica en el conflicto dinástico que el príncipe de Asturias mantenía con su padre a promover una insurrección contra los franceses; 2. Cómo hacer compatible el papel en la revuelta antifrancesa de la antigua elite nobiliaria y eclesiástica marginada por Godoy —que no otra cosa era el llamado partido aristocrático o fernandino— con una interpretación del origen de la guerra que hace del protagonismo popular el factor decisivo en los acontecimientos que arrancan del 2 de mayo; y 3. ¿Cabe imaginar que el partido fernandino tuviera la

coordinación suficiente como para actuar a escala nacional siguiendo un patrón previamente establecido? Aún habría que añadir un elemento que complica notablemente la interpretación de lo sucedido en Madrid, y es la posibilidad de una segunda conspiración/provocación tramada por las autoridades francesas, seguramente por el propio Murat, deseoso de que la población le diera algún pretexto para afianzar su autoridad mediante una demostración de fuerza.

Por lo pronto, hay que decir que el partido fernandino era algo más que una camarilla palaciega, pero mucho menos —no hará falta insistir en ello— que un verdadero «partido». Fraser, aun subrayando, con razón, la diversidad de los factores locales que intervienen en la cadena de levantamientos de mayo de 1808, destaca ciertos elementos recurrentes: el partido fernandino aparece aquí y allá como una especie de *lobby* local, vinculado a Fernando VII, formado por nobles, funcionarios, militares y clérigos, y que actúa con un *modus operandi* muy parecido en la sublevación contra los franceses y en la relación instrumental que esas elites locales establecen con el «pueblo». Ahora bien, que la tipología del *lobby* fernandino y su forma de actuar se repitan en lugares muy diversos no quiere decir necesariamente que esos grupos de poder constituyan una red de personas e intereses articulada a escala nacional, ni que su actuación responda a un plan preestablecido. Posiblemente ahí se sitúe el límite de la teoría conspirativa. Hubo minorías poderosas, con gran arraigo local, que primero conspiraron contra Godoy y luego contra los franceses y contra aquellos españoles que representaban el nuevo *statu quo*. Que estuvieran organizadas y coordinadas ya es otra cuestión, aunque, para Fraser, no cabe duda de que el resultado del doble proceso vivido en torno a mayo de 1808 —vacío de poder y creación, mediante una revuelta antifrancesa, de unas nuevas estructuras representadas por las juntas— fue la recuperación del poder por quienes se sintieron despojados de él en tiempos de Godoy: «La nobleza con título —concluye el autor— recuperó en las juntas una parte de su antiguo poder político».

En parte, la historia social y política de la Guerra de la Independencia es la peripecia de viejas y nuevas elites de poder que, en ausencia de la familia real, intentan gestionar en su provecho la crisis del Antiguo Régimen y el derrumbe del Estado borbónico en mayo de 1808. Unos lo hicieron impulsando una política reformista, tanto en la España patriota como en la josefina, y otros favoreciendo una involución que en aquellas circunstancias resultaba imposible, porque el «pueblo» estaba lejos de ser, tal como algunos esperaban, el convidado de piedra de aquella crisis histórica y porque en el movimiento patriótico desencadenado por los hechos de mayo los sectores involucionistas no estaban solos. Se explica así el problema señalado más arriba sobre la relación entre unas clases populares muy activas y unos grupos de poder que podemos identificar con el partido fernandino y que aspiraban a controlar el proceso iniciado el 2 de mayo. Un proceso que, en muchos casos, como muestra el libro de Fraser, se les fue muy pronto de las manos y favoreció la emergencia de grupos reformistas que con el tiempo confluyeron en el llamado *partido liberal*. En

cuanto a la otra cuestión, la actitud pro o antifrancesa de los dos sectores enfrentados en la crisis dinástica de la Monarquía española, resulta evidente, por un lado, que una buena parte de las elites godoyistas —funcionarios, militares, intelectuales y alto clero— se incorporó en 1808 al Estado josefino —lo que redundó, sin duda, en el desprestigio de este último— y, por otro, que Fernando VII jugó primero la carta francesa y después, en vista de que Napoleón no tomaba en consideración la baza que le proporcionaba el joven príncipe, optó por dejarse querer por la España patriota. Los fernandinos lo tenían, probablemente, más claro: la revuelta antifrancesa sería la gran ocasión para barrer del mapa los restos del poder de Godoy.

Si el excelente libro de Fraser da la medida de la aportación historiográfica al bicentenario que ahora comienza, hay razones para creer que la efeméride será algo más que una ocasión para recordar y glorificar la Guerra de la Independencia. Siendo sobre todo, como reza el subtítulo, una historia social del conflicto, *La maldita guerra de España* —título tomado de una frase de Napoleón— es en realidad una pormenorizada y a menudo original historia del conflicto en toda su amplitud, escrita a partir de una abrumadora base documental y con el rigor que cabía esperar de su autor.

*Juan Francisco Fuentes*

RICARDO GARCÍA CÁRCEL: *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*, Temas de Hoy, Madrid, 2007, 416 págs.

El término «mito» se ha convertido en los últimos tiempos en un habitual de las portadas de libros de historia. Si antes nadie estaba dispuesto a reconocer que los relatos historiográficos están plagados de mitos, ahora empiezan a ser legión quienes dedican estudios enteros a «desmitificar» las interpretaciones heredadas sobre acontecimientos del pasado, y especialmente sobre aquellos considerados señeros en el imaginario colectivo y la tradición académica. En la mayoría de estos análisis, sin embargo, se dan cita un afán «revisionista» y una recurrente falta de profundidad en la reflexión acerca del significado y la proliferación de mitos en los relatos, lo cual impide a los autores caer en la cuenta de los límites de toda pretendida «desmitificación».

Este ensayo divulgativo de Ricardo García Cárcel no debe confundirse en cambio con un trabajo «revisionista» al uso; su pretensión es más ambiciosa y a la vez más conservadora. Ofrece, de un lado, un recorrido crítico por «la espesa flora de los mitos construidos por los políticos de la generación de 1808 y reelaborados por los historiadores» (353), pero también aspira a hacer frente, de otra, a una perniciosa tendencia que el autor encuentra en la historiografía reciente, especialmente la que procede de «los nacionalismos periféricos, los nacionalismos sin Estado», los cuales, en un afán por degradar la existencia